

# La Unión Europea ante el desafío de Oriente Próximo

## Miguel Ángel Moratinos

Ex representante especial de la Unión Europea para el proceso de paz en Oriente Medio

A muchos les extrañaría el hecho de calificar el año 2003 como uno de los períodos más trascendentes de la historia de Oriente Próximo, ya que han sido muchos los momentos que han merecido legítimamente esta calificación. Sin embargo, este año 2003, a pesar de su legado trágico, puede ser considerado como el punto de inflexión de un proceso que llevaba ya anunciándose durante los dos años anteriores. La relación de fuerzas ha cambiado sustancialmente y se puede afirmar, sin temor a equivocarnos, que el espíritu y la lógica de los acuerdos de Oslo han quedado totalmente enterrados.

Si el 11 de septiembre se dejó notar con claridad de manera inmediata, durante el año 2003 es cuando su máxima expresión ha quedado reflejada. La guerra de Irak y la nueva prioridad dada a la lucha contra el terrorismo dentro de la agenda de la comunidad internacional en general, y de Estados Unidos en particular, ha condicionado de manera muy directa y negativa todos los intentos de sacar este contencioso de su dialéctica dramática.

El conflicto árabe-israelí ha vivido sin duda uno de sus períodos más negros de la historia. Lógicamente el centro de atención se ha aglutinado en la crisis israelo-palestina, pero el frente sirio no se ha visto excluido y, por primera vez desde la guerra de Yom Kipur, en 1973, aviones israelíes atacaron un campo de refugiados en Siria. La frontera del sur del Líbano ha estado más tranquila en líneas generales, pero los incidentes entre Hezbolá y la IDF (Fuerzas de Defensa Israelíes) no han cesado en el curso de este año.

Es indudable que la crisis israelo-palestina ha concentrado todos los esfuerzos diplomáticos y políti-

cos. Quizá estamos asistiendo a una intensificación de las relaciones de fuerza en la zona y, desgraciadamente, a la eventual pérdida de una capacidad de interlocución por parte palestina.

Nadie pone en duda que la denominada «Segunda Intifada» ha fracasado y que la mayoría de la población palestina está exhausta y ansiosa de poner punto final a este descenso a los infiernos que ha tenido que vivir.

La lucha armada, al ser unilateralmente desequilibrada, ha favorecido, lógicamente, a Israel. El sufrimiento físico, moral y económico lo ha soportado en gran medida una población palestina sometida a una situación que pocos pueblos habrían podido soportar; especialmente, lleva dos años aislada y sometida a un continuo desgaste sin que la comunidad internacional y, en particular, sus hermanos árabes hayan movido un dedo en su favor.

Del otro lado, tampoco Israel ha gozado de sus mejores momentos. Difícilmente se puede uno encontrar con un período de la historia del Estado de Israel tan dramático como el vivido este año. Aunque su primer ministro haya recibido democráticamente un apoyo masivo en las últimas elecciones, esto se ha dado más por el lógico recurso de buscar al «hombre fuerte» que les puede defender que por creer que pueda ofrecerles una salida esperanzadora de toda esta pesadilla.

La situación económica es la peor de toda la historia de Israel, y el balance de muertos y heridos israelíes, uno de los más elevados desde la formación de su Estado.

Ambas sociedades, la israelí y la palestina, viven confusas y desesperadas por una situación cada día más kafkiana y con la única esperanza de que se produzca un milagro para salir de toda esta encrucijada.

Paradójicamente, el año 2003 empezó con un período de esperanza. Los tambores de guerra de Irak

hicieron movilizarse a la comunidad internacional al objeto de estabilizar al máximo la situación israelo-palestina. En este esfuerzo internacional, convendría destacar la acción de la Unión Europea y, en particular, de algunos de sus estados miembros.

La actuación europea no era novedosa. Se apoyaba en un proceso gradual de mayor involucración en todos los aspectos referentes a la relación israelo-palestina. Consciente de la imposibilidad de forzar una negociación final sobre las cuestiones sustanciales (territorio, seguridad, asentamientos, Jerusalén y refugiados), la UE propuso a los restantes miembros del «Cuarteto» la iniciativa de adoptar una Hoja de Ruta que pudiese servir de instrumento catalizador para salir progresivamente de la crisis y obligar a las partes a cumplir, de forma paralela, con aquellas obligaciones necesarias para poner punto final a la violencia y al terrorismo y permitir la creación de un Estado palestino viable.

El contexto de la guerra de Irak favoreció en un primer tiempo esta iniciativa. Es verdad que ésta sólo se aprobó formalmente después de la «guerra convencional» de Irak, y ello a pesar de la insistencia de los Quince, que trataron hasta el último momento de hacer pública la Hoja de Ruta en el mes de diciembre de 2002 durante la reunión del Cuarteto en Washington.

Se tuvo que esperar al final de las operaciones militares en Irak, pero sobre todo al cambio institucional palestino. Éste se logró gracias a la determinación y a los buenos oficios europeos. La reforma política e institucional de la Autoridad Palestina era, sin duda, uno de los retos mayores que tanto el «Cuarteto» como –y sobre todo– Israel y Estados Unidos exigían como condición *sine qua non* para tratar de reemprender el proceso de negociaciones políticas. La participación europea fue decisiva para convencer al presidente Arafat de modificar su ley básica y proponer la creación de un primer ministro y escoger a una personalidad creíble para Israel y Estados Unidos, Abu Abbas, y formar un gobierno con aquellas personalidades políticas palestinas adecuadas para llevar a cabo la nueva estrategia, consistente principalmente en poner punto final a la «Intifada armada».

Los esfuerzos europeos se vieron gratificados con la decisión de Arafat de aceptar estas propuestas y con ellas abrir la ventana a la oportunidad de aprobar formalmente la Hoja de Ruta por parte del Cuarteto. Ésta fue entregada el 30 de abril a las dos partes y con este acto se volvía a recuperar un

tanto la esperanza de iniciar un nuevo proceso de normalización.

Desgraciadamente, este período de esperanza no duró demasiado. La Administración norteamericana y su presidente, Bush, cayeron en la tentación de volver a una gestión unilateral del «éxito momentáneo» y la Cumbre de Aqaba no contó con la participación de los restantes miembros del Cuarteto. El primer ministro palestino, Abu Abbas, gestionó mal su actuación y sus declaraciones, excesivamente presionado por israelíes y norteamericanos, y no recogió el consejo y el apoyo de la Unión Europea. El resultado de la reunión fue muy mal acogido por parte de la población palestina y la credibilidad del nuevo Gobierno palestino se vio seriamente afectada.

No hay que negar, sino todo lo contrario, hay que subrayar de forma positiva el compromiso de Abu Abbas de parar todas las hostilidades contra Israel. Su empeño de lograr una «tregua con las distintas facciones palestinas» contó con el apoyo y la intervención europeos. Hamás y Yihad Islámica retrasaron y pusieron todo tipo de dificultades para alcanzar este objetivo y éste sólo se consiguió a finales de junio. Las amenazas europeas de inscribir a Hamás (rama política) en la lista europea de organizaciones terroristas tuvo un enorme valor negociador. No obstante, ni Israel ni Estados Unidos y, en cierta medida, los restantes miembros del Cuarteto, facilitaron el éxito de la misión de Abu Abbas. Ninguna acción concreta de cierto calado político se adoptó a favor de esa población palestina ansiosa por conquistar un cambio de atmósfera en su vida diaria. Su presidente, Arafat, siguió encerrado; se desaprovechó la ocasión de proceder a otorgarle una libertad de movimientos, y en estas circunstancias él tampoco ayudó a su primer ministro en la aplicación de su programa de gobierno.

La ruptura de la tregua por parte de Hamás en el mes de agosto y la respuesta inmediata israelí, que se añadía a toda una nefasta política de persecución y eliminación de los miembros de Hamás, no sirvieron más que para precipitar la escalada de violencia y volver a los trágicos escenarios de los dos últimos años. Abu Abbas dimitió y en la actualidad su sustituto, Abu Ala, está tratando de recomponer los «platos rotos».

El agravamiento de la guerra de Irak y la cercanía del calendario electoral norteamericano no parecen ser los mejores augurios para contemplar una salida de la crisis.

Sin embargo, dentro de esta situación un tanto sombría, la noticia de un acuerdo suscrito entre importantes personalidades políticas israelíes (Yossi Beilin, Abraham Burg, etc.) y relevantes ministros de la Autoridad Palestina (Yasser A. Rabbo, Nabil Kassis, etc.) nos permite mirar con mayor optimismo el próximo futuro. Con su acuerdo se demuestra que la paz es posible, que existen interlocutores en ambos lados dispuestos a cerrar un acuerdo final, incluyendo todas las cuestiones más sensibles, como pueden ser Jerusalén y los refugiados, y que aquellos mensajes machacones que nos han martilleado durante las últimas crisis de que israelíes y árabes o israelíes y palestinos no pueden vivir juntos son falsos y sólo reflejan estereotipos del pasado pero no estereotipos del futuro.

Hoy más que nunca la comunidad internacional y, en particular, el Cuarteto deben asumir su responsabilidad. Es hora de que pongan en aplicación la Hoja de Ruta y que el mecanismo de vigilancia y aplicación no se deje sólo al arbitrio norteamericano. Lo que está en juego es el futuro de la región y la posi-

bilidad de que los interlocutores palestinos sean aquellos que reaccionen y luchen contra la violencia y el terrorismo, y de que la sociedad israelí comprenda que con la ocupación de sus vecinos no se garantiza mejor su seguridad.

Es asimismo aconsejable enviar un mensaje de esperanza y firmeza a sirios y libaneses. Por una parte, no pueden quedar relegados a los márgenes de la historia, pero, por otra, deben comprometerse a defender sus derechos a través de medios diplomáticos y a ejercer su influencia sobre todos aquellos grupos que sólo entienden la «resistencia a la ocupación» a través de métodos violentos y militares.

La Unión Europea tiene enfrente de sí un desafío histórico. En estos momentos posee todos los instrumentos políticos, económicos y financieros para responder positivamente. Sólo queda que su voluntad política no vuelva a quebrarse ante complejos del pasado e incertidumbres de futuro. Mi visión es que estamos cada día más cerca de asumir nuestro papel histórico y conseguir que nuestros aliados norteamericanos nos acompañen en esta misión.